

La "grosería": conjeturas sobre los procesos históricos culturales en el mundo occidental

*Comunicación del académico de número Luis Alberto Romero,
en la sesión privada de la Academia Nacional de Ciencias
Morales y Políticas, el 8 de mayo del 2024*

La "grosería": conjeturas sobre los procesos históricos culturales en el mundo occidental.

Por el académico **LUIS ALBERTO ROMERO**

*Porque hay algo que te vende, yo no sé si es la mirada,
la manera de sentarte, de charlar, de estar parada, o
ese cuerpo acostumbrado a las pilchas de percal.*

Celedonio Flores, *Margot*

El año pasado, en uno de esos deliciosos excursus de nuestras reuniones, nuestro colega Claudio Escribano señaló cómo, en determinados ambientes, había crecido la guaranguería. Yo no uso esa palabra, pero me acordé de algo que había escrito. Fue hace veinticinco años, citándolo a Mansilla. Él recordaba que hacia 1850, en el salón de Palermo, en la "corte" que presidía Manuelita Rosas, se alertaba sobre los "abasteros", "guarangos

platudos" que querían introducirse en ese refinado ambiente. ¹

El caso me recordó las tertulias en mi casa, hacia 1950. Si bien el tema central era el "totalitarismo demagógico peronista", como telón de fondo aparecía el fantasma de la invasión de los bárbaros. Y con ellos la guaranguería, una palabra coloquial que se usa en la cuenca del Plata y que según la Real Academia Española equivale a grosería.

A lo largo de la historia occidental, la idea de grosería -con distintos vocablos- se ha usado como descalificación, en términos de usos y costumbres, aplicada a determinados "parvenus" por parte de quienes "ya estaban" establecidos. Esta intuición -no diría que llega a hipótesis- me llevó a pensar en diversas obras literarias donde ese problema aparece. Por ejemplo, *El Cortesano*, de Baltasar Castiglione, de 1528, *El burgués gentilhombre*, de Molière, del siglo XVII. Luego salté al siglo XIX, con *Feria de Vanidades* de Thackeray y *Rojo y Negro* de Stendhal, para llegar finalmente a nuestra sociedad argentina, la de la inmigración y la del peronismo. Demasiado para una presentación. Me lo reservo para otra ocasión, pero me quedo con Molière, para buscar este indicio común en nuestra sociedad, tan diferente.

¹ Lucio V. Mansilla. *Memorias (Infancia Adolescencia)*. [1904]. Buenos Aires, Hachette, 1955.

Un guarango en la corte de Luis XIV

En *El burgués gentilhomme*, el autor y su público -que es la corte de Versalles, en tiempos de Luis XIV- se ríen de la pretensión de un burgués que quiere introducirse allí inapropiadamente.

Qué es un gentilhomme? En Francia hay nobles de "espada", la antigua aristocracia, y nobles de "capa", los magistrados. Todos son *gentilhommes*. La Corte es el corazón de la nobleza. Reúne a los nobles importantes y a los hidalgos de buen apellido, convocados al servicio del rey. Su estilo de vida, dispendioso y fuertemente sujeto a normas, es una exhibición magnificada y teatralizada del privilegio que fundamenta esta sociedad estamental.

Estamental, pero no inmóvil. En los bordes de este mundo privilegiado están quienes lo rondan queriendo entrar. Algunos lo logran, desempeñándose como administradores del Estado, como el ministro Colbert, que fue ennoblecido. Otros lo consiguen comprando un cargo judicial o administrativo, que en sus niveles más altos acarrea el ennoblecimiento. De modo que un comerciante enriquecido podía comprar un cargo para su hijo, quien podía ascender y al fin entrar en la nobleza de toga. Otros comerciantes o financistas llegaron a ser muy ricos haciendo negocios con la monarquía -como los coloniales-; pudieron

cultivar relaciones, comprar tierras, construirse palacios y llevar una vida ostentosa, todo lo cual les abría naturalmente el camino al título nobiliario.

Existe pues, en esta sociedad estamental, una apertura regulada, que exige -requisito *sine qua non*-, tener no solo riqueza sino un estilo de vida adecuado, cuya codificación había hecho, un siglo y medio antes, Castiglione en *El cortesano*. Una de las funciones de la corte de Versalles es filtrar adecuadamente a los pretendientes. Quienes no dominan estos códigos y saberes de la cortesía refinada son motejados de "groseros", despreciados y rechazados. Este es el tema de *El burgués gentilhombre*", una comedia farsesca.²

El señor Jourdain es un rico al que se le nota su pasado reciente de comerciante, que quiere ser admitido en los salones de la nobleza. Contrata a un grupo de profesores, quienes le enseñan música, baile, letras, filosofía, esgrima, es decir los saberes cortesanos indispensables. Pero no pueden con su tosquedad, y allí está la gracia de la comedia.

Su hija, que recibió una buena educación, tiene un pretendiente, Cleonte, al que Jourdain rechaza porque no es noble.

² Erich Auerbach, *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*. [1942]. México, Fondo de Cultura Económica, 1975

-"¿Es usted gentleman?", le pregunta. Cleonte responde algo así como "no, pero estoy en camino". En efecto, su padre tiene una posición holgada, y él una buena educación, saber jurídico básico, buenas maneras y está bien lejos del mundo de los negocios. Es un *honnête homme*, una persona educada. Cuando su padre le compre un cargo, iniciará una carrera, que probablemente culminará con la toga y el ennoblecimiento. Entonces -dice- podrá contestar "Si, lo soy".

Así como en la corte se burlan del grosero y lo descalifican, aprecian a las personas como Cleonte, que sabe cuál es su lugar y cuál es la vía aceptable del ascenso, en una sociedad estamental pero no congelada.

En suma, la obra contiene una crítica feroz a la grosería, lo que indica que hay aspirantes, y que presionan; y muestra cómo quienes están -el público de la corte- "se la hacen difícil". Todo en un régimen social en el que la movilidad existe en el marco de una sociedad estamental, donde la última palabra la tiene el rey.

Avatares del hijo doctor

Paso ahora a la Argentina del siglo XX. Lo hago con un más que vigoroso *mutatis mutandis*, para tratar de encontrar la

versión contemporánea de este uso social de la grosería.

Un tema clásico de nuestra historia es la inmigración masiva, característica de lo que José Luis Romero llamó "la era aluvial".³ Visto en el largo plazo, fue un exitoso proceso de integración social y de creación de una nueva y rica cultura "de mezcla".

Hoy se ha generalizado una visión algo idealizada del comienzo de ese proceso: el abuelo inmigrante, con firmes ideas sobre el trabajo y el ahorro, que hoy se extrañan. Pero en el momento en que esto sucedía, sonaron muy fuertes las voces que denunciaban los peligros que la inmigración masiva provocaba en una nacionalidad que muchos veían débil y sin potencia, precisamente por la abundancia de extranjeros. Hay obras de denuncia clásicas, como la de Ricardo Rojas *La restauración nacionalista*, de 1909, y el tema se prolongó *ad nauseam* en la búsqueda del escurridizo "ser nacional". Por suerte, nada de esto cambió la política migratoria.⁴

³ José Luis Romero. *Las ideas políticas en Argentina*. 1ra edición, México, Fondo de Cultura Económica, 1946.

⁴ Lilia Ana Bertoni, "'Vino nuevo en odres viejos'. Ricardo Rojas y el nacionalismo del Centenario". En Judith Babot y María Victoria Grillo (compiladoras): *Fascismo y antifascismo en Europa y Argentina, siglo XX*. Universidad Nacional de Tucumán, 2002. Tulio Halperin Donghi, "¿Para qué la inmigración? Ideología y política migratoria (1810-1914)." En *El espejo de la historia*. Buenos Aires, Sudamericana, 1987.

Yo quiero referirme a algo más sutil, que atañe más bien a los hijos de aquellos inmigrantes: argentinos educados o enriquecidos, y embarcados en la "aventura del ascenso". Ellos, con su título de doctor y su carrera profesional o su reciente riqueza reclamaron un lugar en los ámbitos de la elite existente. Esta elite se puso a la defensiva, empezó a verse a sí misma como "patricia" y resistió el ímpetu de los "parvenus" afirmando detentar una raigambre criolla que superpusieron a su tradicional postura cosmopolita. Incluyó, por otro lado, el culto de una nacionalidad que, como el criollismo, también se estaba construyendo.

No estoy siguiendo el rechazo abierto y explícito sino el matiz: en este caso menciono una conversación de Victoria Ocampo con Eduardo Mallea, que ella recogió en su *Autobiografía*: "Estos argentinos recientes -le decía Victoria- tienen más entusiasmo por demostrar que lo son, que nosotros, que lo fuimos desde siempre". Obsérvese el matiz, distante y desdeñoso pero no hostil, muy propio del círculo de *Sur*.

En un juego de espejos, los recién llegados que habían decidido quedarse trataron de acriollarse y de nacionalizarse. Esto incluye, por ejemplo, a Raúl Scalabrini Ortiz, nacionalista, hijo de un prestigioso educador lombardo -Pietro Scalabrini- y de una niña criolla, de una buena familia entrerriana.

Más sutil es el caso de las asociaciones nativista y las

peñas folklóricas, que proliferaron en Buenos Aires a principios del siglo XX y que estudió Adolfo Prieto en un libro magnífico.⁵ Prieto encontró algo sorprendente: una proporción elevada de los asistentes tenía apellidos de inmigrantes italianos. Yo imagino a trabajadores que, al fin de su jornada, cambiaban sus ropas por las bombachas, el chaleco, el poncho y el pañuelo, e iba a la peña a bailar chacareras, tomar mate, comer empanadas y encontrar su "prienda" en alguna joven italiana.

Quedó para la segunda generación, los hijos educados, ensayar la vía de la asimilación a la cultura cosmopolita de las elites locales. Fueron aventuras individuales, no solidarias, y siempre traumáticas. José Luis Romero subrayó obstinadamente la brecha que siguió dividiendo a la sociedad, hasta que en los años setenta él la dio por superada, remplazada por otra brecha mucho más dramática.

Los hijos de inmigrantes exitosos conservaron un trauma, que los llevaba a renegar de su pasado. Pongo un ejemplo familiar: mi tío materno Pepe, hijo de dos inmigrantes italianos a los que les fue bien: tres de sus cuatro hijos tuvieron títulos universitarios. Mi tío era un respetable escribano de La Plata, impecable en su ropa, su hablar y su cultura social, y

⁵ Adolfo Prieto. *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires, Sudamericana, 1988.

tremendamente crítico de algunos parientes que se habían quedado "en la chacra" (cerca de La Plata, en Melchor Romero). Para denostar la ordinariez general, de la que quería distanciarse, y que veía en todos lados fuera de su círculo, usaba el adjetivo "chacarero", una variación del "guarango". Luego la aplicó a los dirigentes peronistas.

Guaranguería democrática

El peronismo fue, naturalmente, mucho más que sus dirigentes. Debemos mirarlo no ya como aventuras de ascenso individuales sino como un movimiento de ascenso de conjunto, que forma parte del anterior, lo profundiza y politiza, que requiere otra mirada. Y que concluye-a la larga- generando su propia elite.

La emergencia del peronismo desencadenó una ruptura que, además de política, fue social y cultural. Por impulso de las políticas y los discursos peronistas, en pocos años la sociedad cambió mucho. Destaco un solo rasgo: el carácter fuertemente igualitario, integrador y democrático de ese cambio y los potenciales conflictos que esto supone.

El 17 de octubre de 1945 los porteños se asombraron cuando irrumpieron en la Plaza de Mayo concurrentes poco habituales, gentes que no conocían, pese a que vivían en los bordes mismos de la capital. Aunque vestían traje y corbata, como era

común entonces, y su comportamiento fue ordenado y civil, los porteños vieron en ellos a los bárbaros que irrumpían en Roma.⁶

Como explicó Juan Carlos Torre, la irrupción en la Plaza expresó, de manera sintética e impactante, una aceleración del largo proceso anterior de crecimiento, integración y movilidad social previa. A los migrantes europeos les siguieron, luego de 1930, los provincianos, y posteriormente los bolivianos y paraguayos. Antes y después de 1945, el país les ofreció a todos empleo y oportunidades, mientras el Estado desarrollaba eficaces políticas para la incorporación, como la de educación pública. La mayoría aprovechó las ventajas ofrecidas y se aplicó con iniciativa y laboriosidad a progresar. Tuvieron éxito y luego, durante muchas décadas, los hijos estuvieron mejor que los padres, ya sea en ingresos, educación o posición social. Se conformó un modelo de aspiraciones que incluía la casa propia, el empleo estable, la educación de los hijos y en general un estilo de vida decente. Solemos llamarlo un modelo de clase media. Pero como decía antes, entrar en la elite ya era otra cosa.

⁶ Cora Gamarnik "*Las patas en la fuente*": una foto que insiste en ser revelada. <https://revistaharoldo.com.ar/nota.php?id=657>. Juan Carlos Torre. "El sitio silencioso", en José Luis Romero y Luis Alberto Romero (directores). *Buenos Aires, historia de cuatro siglos*. Buenos Aires, Abril, 1983. Juan Carlos Torre, "Transformaciones de la sociedad argentina". En Roberto Russell (editor), *Argentina 1910-2010. Balance de un siglo*. Buenos Aires, Taurus, 2010.

Para el historiador, que lo mira de lejos, parece un proceso tranquilo y apacible. Para los contemporáneos -como señalé antes-, la movilidad era inquietante. Cada uno -criollos viejos, inmigrantes tempranos o sus hijos, que habían avanzado algunos casilleros- sintió en algún momento que su lugar estaba amenazado por advenedizos prepotentes. El malestar se tornó en tensión conflictiva cuando la lenta integración se convirtió en rápida irrupción y sobre todo en acuciantes demandas igualitarias referidas al disfrute de los bienes materiales y culturales.

Para decirlo con un ejemplo sencillo: se trata de la tensión entre quien (mi tío Pepe, por ejemplo) está cómodamente sentado en un banco de la plaza, y una familia llega con sus hijos, y con todo derecho se sienta en el banco, lo empuja hacia una punta, se despliega y se comporta de un modo que a mi tío le pareció grosero.

En la igualitaria ideología de la moderna sociedad argentina "nadie es más que nadie". No se reconocían privilegios y todos tenían el mismo derecho al banco. Pero eso no suprimía la molestia de quien ya estaba, ni la presión quizás algo agresiva de quien -recién llegado- no creía que debía pedir permiso, ni conocía muchas otras cosas del código de civilidad de mi tío.

Eso mostró el 17 de octubre. De ahí en más, esa incomodidad se manifestó crecientemente en cines, restaurantes o

tranvías y, de otro modo, en las relaciones laborales. No eran problemas insolubles: finalmente, nadie se proponía poner la sociedad cabeza abajo sino integrarse a una que consideraban valiosa. Pero generaron un conflicto, que en el momento fue intenso. Los recién llegados calificaron a quienes ya estaban como la "oligarquía". Éstos respondieron con "populacho" o "cabecitas negras", nuevas variantes de la "grosería". Eran diferencias culturales que habrían quedado sólo en eso, si no hubieran sido potenciadas por el conflicto político. Pero eso es otra historia.

Sacando la escalera

Estas notas fragmentarias -solo conjeturas- llaman la atención sobre un aspecto acotado de los procesos históricos culturales del mundo occidental. Dicho en términos muy generales, señalan la recurrente presencia de dos fuerzas opuestas, una que empuja a la movilidad ascendente y otra que sostiene la estabilidad. (No me refiero a la movilidad descendente, que tiene una dinámica diferente). Uno de los aspectos de la movilidad es la eventual inclusión de nuevos sectores en las elites tradicionales.

Se trata del conflicto entre los que están y los que quieren estar. Los primeros llegaron alguna vez, y luego sacaron la escalera, reclamada por quienes estaban ascendiendo. Esto ocurrió

por ejemplo, a la vista de todos, en las repúblicas comunales italianas del fin de la Edad Media, cuando los burgueses "grassi e potenti" devenían en "magnati", como los Medicis de Florencia. En estas ciudades los conflictos fueron finalmente regulados por las Señorías. En el mundo de Luis XIV el gran regulador fue la monarquía. En el mundo creado por la Revolución Francesa y el capitalismo el peso del filtrado descansa mucho más en una huidiza "distinción".⁷

En la Argentina pudo apelarse al linaje, la tradición o a la postulación de un cierto patriciado patrio. Pero tanto más importante fue la cuestión de la grosería, la de "los guarangos platudos". Las elites sociales y los sectores medios establecidos - mientras existieron y tuvieron cohesión- se preocuparon mucho por lo que -independientemente del dinero, que viene y va- distinguía a la "gente educada". Y estuvieron muy atentos a los modales de los invasores, fueran nuevos ricos o aventureros. En efecto, era el modo de vestir, de comer, de hablar y tantas cosas más. Todas fueron formidables herramientas para detectar a los "guarangos platudos" de cada época, quienes podían pagar por los signos de status, y hasta aprender algunos códigos; pero siempre

⁷ José Luis Romero. *Crisis y orden en el mundo feudoburgués*. México, Fondo de Cultura Económica, 1982. Perry Anderson. *El Estado absolutista*. Mexico, Siglo XXI, 1980. Pierre Bourdieu. *La distinción. Criterio y bases del gusto*. Madrid, Taurus, 1988.

hubo otros que los delataban, como decía Celedonio Flores.

En los sectores populares o de baja clase media la masividad de un fenómeno colectivo, con dimensión política -el peronismo-, redujo la importancia del desprecio o el ninguneo. Pero siguió pegando en el talón de Aquiles de los que creían que por tener "plata nueva" o una profesión liberal exitosa habían llegado. El señor Jourdain sigue siendo un tipo social identificable, y no desapareció esa tensión sutil pero operativamente descalificante a la que alude la palabra "guarango".

LUIS ALBERTO ROMERO
Académico de Número